

Socaireños en movimiento. Atacameños y Calama¹

WALTER A. IMILAN²

RESUMEN

Se analiza la relación de la etnia atacameña con la ciudad de Calama en el norte de Chile. La presencia masiva de atacameños en dicha ciudad exige observar las prácticas étnicas de construcción del territorio. Se exponen las dinámicas de migración y movilidad contemporáneas de los atacameños en relación a sus prácticas históricas, cuyo análisis es desarrollado a partir de una investigación etnográfica con miembros de la comunidad de Socaire. La construcción de un nuevo espacio de circulación por parte de la etnia atacameña obliga a observar a este grupo cultural como uno que, a partir de su movimiento, articula un espacio urbano con uno tradicional redefiniendo la relación entre sociedad y territorio.

Palabras claves: atacameños – Socaire – Calama – culturas andinas – antropología urbana – migración – movilidad.

ABSTRACT

We analyze the relationship between the atacameño ethnic group and the city of Calama in northern Chile. The massive presence of atacameños in the city leads to observe the ethnic practices in the construction of territory. The text presents the contemporary migration and mobility dynamics of atacameños in relation to historical practices. This analysis is based on the results of ethnographic research with members of the community of Socaire. Atacameños' construction of a new circulation space makes as view this cultural group as one that links urban and traditional spaces and thus redefines the relationship between society and territory.

Key words: atacameños – Socaire – Calama – urban anthropology – migration – mobility.

Recibido: agosto 2006. Aceptado: noviembre 2006.

Introducción

El viento levanta y arremolina el polvo sobre la cancha deteniendo el partido por unos minutos. El campo

de juego se encuentra en la salida sur de Calama, encajado entre la orilla del río Loa y pastizales de terrenos húmedos, donde la escasa urbanización le deja espacio libre al viento que ya ha recorrido los 200 km que separan el campo de juego con la costa del Pacífico, vastedad de desierto absoluto.

La cancha luce solitaria: dos equipos, sus reservas y unos pocos espectadores. El polvo que invade la cancha da un breve respiro al partido de fútbol que enfrenta a “Hijos de Socaire” con “Valle de Talur” por la quinta fecha de la Liga Rural de Calama. Entonces, entre la polvareda aparece corriendo un nuevo jugador de “Hijos de Socaire”, se abre paso entre la alegría de sus compañeros que le dan la bienvenida bromeando por su impuntualidad. El partido lo habían iniciado con nueve jugadores y de a poco completaron la dotación. Ahora son 11 contra 11 y están con un gol en contra. “A veces los chicos son irresponsables con el equipo, simplemente no llegan por el carrete”, acota el capitán del equipo y también organizador del club. No resulta fácil jugar fútbol los domingos antes del mediodía, especialmente si se es joven, como es el caso del equipo de Socaire donde el promedio de edad es de 21 años.

La particularidad de la Liga Rural de Calama –en la que se desarrolla este encuentro– es la participación de equipos que pertenecen o representan a las comunidades rurales que están emplazadas tanto en el oasis de Calama como en el curso superior del río Loa. Una excepción representan los “Hijos de Socaire”, pues Socaire, poblado mentor del equipo, está ubicado a 180 km de Calama, en la cuenca del Salar de Atacama.

Llega la pausa, 15 minutos de entretiempo. La discusión de estrategia es continuamente interrumpida por preguntas, por amigos o actividades del fin de semana. A un lado de la banca de Socaire está estacionado un taxi-colectivo con dos ex jugadores del equipo que intervienen en la conversación mientras que desde los parlantes del vehículo se escucha música *sound*. En ese momento arriba otro taxi-colectivo

¹ Este trabajo contó con el apoyo del Programa Alban, Programa de becas de alto nivel de la Unión Europea para América Latina, N° E04D045096CL.

² Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA). Rafael Cañas 39, 2° Piso, Providencia, Santiago, CHILE. Email: imilan@cultura-urbana.cl

que rodea la cancha para estacionarse junto al primer vehículo. En él, llega un jugador de recambio para el segundo tiempo y tres jóvenes más que se encuentran en Calama por el fin de semana y que ya en la tarde subirán en bus a Socaire. Este pequeño grupo conforma la silenciosa barra del equipo.

El segundo tiempo es irregular en términos futbolísticos, pero el espíritu de lucha del equipo es premiado con un gol que les permite concluir el encuentro con un justo empate a uno. Ya en la banca, donde hay apenas un tablón, los jugadores se refrescan, cambian de ropa e intercambian opiniones del juego para luego marchar a casa.

Los 25 miembros del club tienen en común su origen socaireño. Aunque algunos de ellos han vivido toda su vida en Calama y mantienen un especial afecto por la localidad de sus padres. Otros han llegado a la ciudad para continuar con su educación secundaria en Calama, un par de ellos hablan de una residencia indefinida en la ciudad, refiriéndose a la escasa certeza sobre el futuro de sus desplazamientos. El club es la organización de socaireños más numerosa en Calama y en la cancha donde juegan cada fin de semana se suelen juntar amigos o familiares que viven o visitan la ciudad.

¿Qué es lo que podría diferenciar a este grupo de migrantes socaireños en la ciudad de Calama de otros grupos de migrantes? Sabemos, como regla general, que las ciudades latinoamericanas han debido su crecimiento desde los últimos 60 años a la migración campo-ciudad, por tanto, Calama no debería ser una excepción a este proceso. Aún más, la condición de ciudad minera de Calama la ha dotado de una significativa población de trabajadores migrantes provenientes de otras regiones del país, de esta manera es dominada por un vaivén incesante de gente que llega y se va. Así como grupos de socaireños se reúnen en torno a una cancha de fútbol es posible pensar que muchos otros residentes de la ciudad se juntan entre sí en función de sus orígenes personales y familiares. En efecto, la curiosidad que despierta la actividad en esta cancha calameña se relaciona con el particular carácter étnico de este grupo, en cuanto los socaireños son partícipes de la llamada tradición cultural de los Andes meridionales, agrupados en la etnia antiguamente denominada como “kunza”, actualmente “atacameña” y más recientemente “Likantai” (Figura 1).

Tradicionalmente se ha considerado que los grupos étnicos poseen un territorio original de desarrollo. Una vinculación primigenia entre espacio y sociedad que dio origen a una cultura y que permite que ésta continúe reproduciéndose. Desde hace ya un tiempo se ha consolidado la crítica del “espacio social total” —la concepción que sustentaba una perfecta identidad entre lo social y territorial³— debido a que en las actuales condiciones globales de circulación simbólica y económica ésta ha perdido eficacia como estrategia de construcción de unidades de estudio que permitan comprender procesos de formación social y cambio cultural.

Encontrar socaireños en Calama nos hablaría de miembros de una sociedad étnica que está fuera de ese espacio tradicional, un grupo cultural que se encuentra dislocado y, más aún, que ocupa un espacio que le debiera resultar marcadamente represivo a su condición étnica, si es que seguimos la reflexión chilena sobre grupos étnicos en espacios urbanos. El objetivo central de este trabajo es aproximar una comprensión sobre la forma “atacameña” de vincularse con la ciudad de Calama, y evaluar de esta manera, la necesidad de construir una nueva forma de observar la relación entre espacio y sociedad étnica.

En un primer paso se puede dimensionar la presencia atacameña en Calama a partir de la información estadística disponible. Según el Censo del año 2002, del total de 9658 atacameños registrados, el 90.5% de ellos habitaría en el área urbana de Calama.⁴ A la luz de estos datos cabe preguntarse

³ Sobre este punto existe una vasta bibliografía de revisión antropológica especialmente orientada a criticar la forma de análisis que disponía a la aldea como un grupo social homogéneo con una perfecta identidad territorial (ver p.e., Augé 1995; Clifford 1997; Hannerz 1999; García-Canclini 2000; Appadurai 2001).

⁴ En el Censo 2002, 9658 personas se consideraron atacameños, siendo 8747 los que habitan el área urbana (principalmente de Calama) y 911 en los pueblos del interior de la Provincia de El Loa, II Región de Antofagasta. Por su parte, el número de quechuas que habitan en Calama corresponde a 1546, de los cuales 1510 es población urbana y 36 rural. No obstante, aquí nos encontramos frente a una carencia de antecedentes específicos, ya que el Censo 2002 —primera vez que el Estado chileno cuenta a la población atacameña— sólo permite diferenciar “autoadscripción” a la etnia atacameña en general, sin diferenciar pertenencias a localidades o comunidades en específico, tal como resultaría el caso de los socaireños. ¿Cuántos de ellos habitan actualmente en Calama? Algunos de los propios socaireños hablan que los residentes en Calama

por la relación que establecen los atacameños que habitan Calama con el espacio original de la localidad: ¿se trataría de espacios discontinuos, segregados por la experiencia de la residencia? Nuestra hipótesis sostiene que la sociedad atacameña actual está construyendo un territorio, entendido como el espacio donde se llevan a cabo sus prácticas sociales, que desborda los terrenos circunscritos a sus localidades originales, más amplio de lo que se ha entendido como su territorio original limitado por la explotación agrícola y las prácticas de pastoreo. Nos referimos a un territorio construido por itinerarios que vinculan espacios sociológicamente diferenciados, espacios a veces tan radicalmente diferentes como puede resultar Calama –una ciudad minera e industrial– y una estancia de pastoreo en las alturas de la Puna.

La reflexión antropológica reciente sobre “lo atacameño” se concentra con interés en la cuestión del cambio social, referida en especial a las complejas relaciones entre etnicidad y ciudadanía, y reconocimiento y política indígena. Sin embargo, la investigación se continúa ejercitando, en lo que llamaríamos el territorio tradicional, el espacio de las comunidades señaladas así por la ley o el históricamente connotado como indígena, entendido aun como espacio social privilegiado para la observación de las dinámicas de transformación (Valenzuela 2006). En efecto, “lo atacameño” en el espacio urbano ha gozado hasta ahora de casi nula atención. Si los datos del Censo no nos engañan, la presencia en la ciudad deja de ser un accidente estadístico para hablarnos de un fenómeno sociológico de relevancia cultural. En este sentido, mirar “lo atacameño urbano” no es observar el proceso de etnificación desde sus márgenes, sino más bien se constituye en una nueva centralidad exigida por la propia relocalización de la cotidianeidad atacameña. Si, en efecto, el mundo atacameño experimenta desde el último tiempo un paso desde sociedades de microrregiones campesinas a una de tipo regional que confluye en un proceso de heterogeneización interna, tal como señala Gundermann (2003), el rol de Calama en este proceso debiera ser fundamental.

En consideración con este hecho, me concentro en definir la práctica de movilidad y residencia que vincula la ciudad de Calama a un espacio de amplia circulación por parte de miembros de la comunidad de Socaire, en definitiva, cómo se relacionan con la ciudad y cómo a partir de ella es posible comprender una estrategia territorial. Si bien la sociedad atacameña se compone de un conjunto de colectivos basados en localidades específicas, el caso de Socaire –no obstante sus especificidades históricas y actuales– nos debiera entregar elementos sobre una forma de articulación general.

Estructuro el texto en cuatro apartados. En el primero se revisa sintéticamente la discusión sobre fenómenos de migración, posteriormente se aborda la forma histórica y actual en que la sociedad atacameña y andina en general administran el territorio. En el tercero se discuten los resultados de una investigación etnográfica sobre los itinerarios y prácticas de residencia de socaireños, y en la cuarta sección se plantean algunos elementos sobre la integración de la población socaireña a la ciudad de Calama.

Territorios en movimiento: De la migración a la movilidad

La antropología latinoamericana comenzó a observar los procesos de migración en la década de 1950, en el momento en que los principales centros urbanos mostraban un explosivo crecimiento. La migración masiva del campesinado, huyendo desde un mundo rural en crisis, pondría en evidencia la aún baja industrialización y escasa capacidad de integración que el mundo urbano ofrecía para este flujo continuo de personas, que pese a no ser “necesitados” por la estructura productiva urbana veían en la ciudad mayores posibilidades que en la colapsada sociedad agraria (Germani 1976).

En este contexto, los antropólogos afinan su mirada sobre el movimiento migratorio, sobre cómo los migrantes dejan sus poblados originales para iniciar su camino hacia la ciudad. Ese itinerario es unidireccional, no hay retorno a la comunidad. En el camino se dejan las relaciones primarias para ser reemplazadas por aquellas secundarias, gobernadas por la institucionalidad del capitalismo y el Estado. Se observa este movimiento escalonado, gradual, los migrantes van moviéndose paulatinamente hacia asentamientos de mayor complejidad, a veces distanciados por una o dos generaciones, para finalmente alcanzar la gran ciudad (Kemper 1970).

serían más del doble de los que viven en la localidad (aprox. 800 personas), sólo como una estimación dada por la propia experiencia.

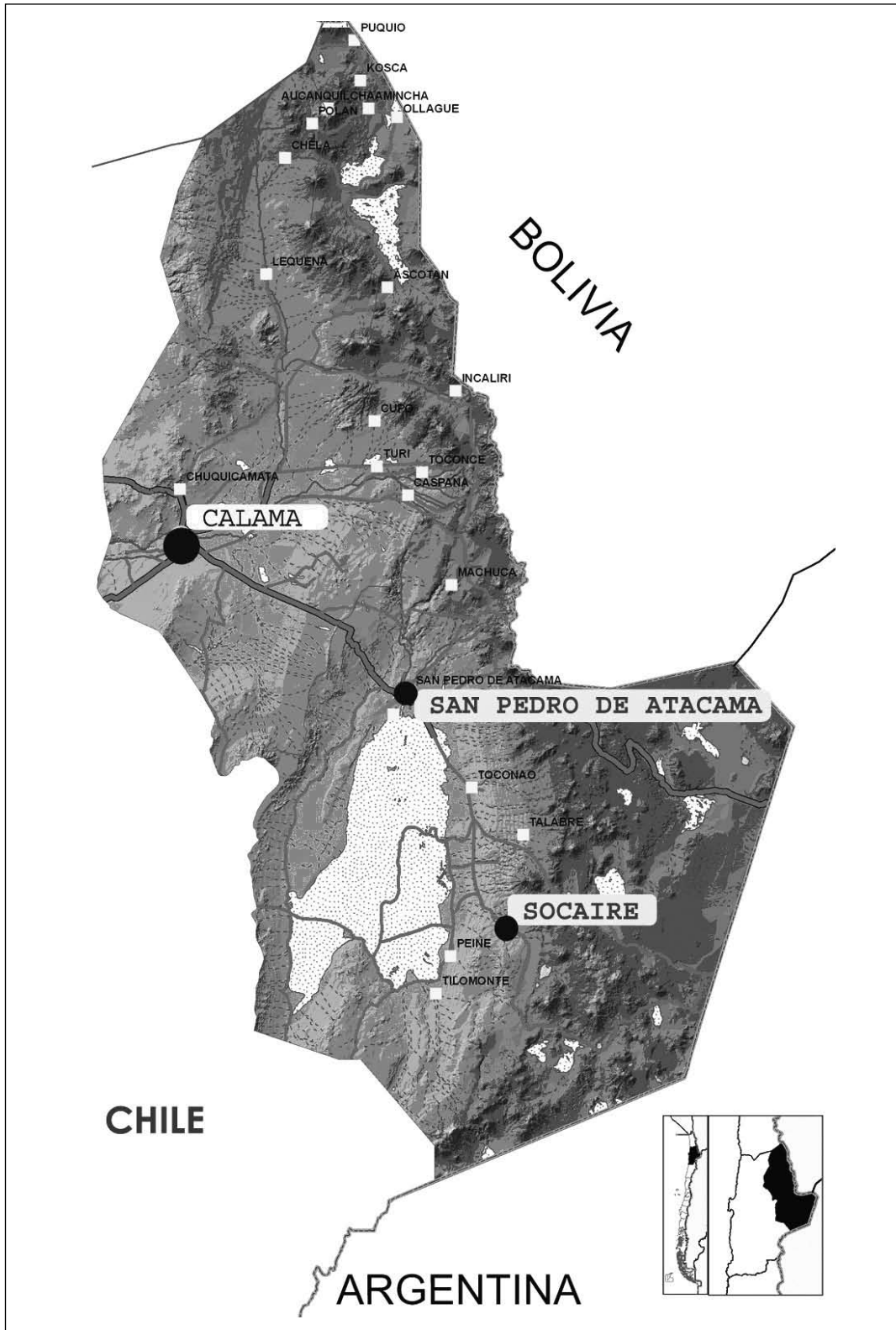


Figura 1. Se identifica el territorio en el que se emplazan las 13 Comunidades Indígenas Atacameñas en la Provincia de El Loa, II Región de Antofagasta. Se destacan la localidad de Socaire, el pueblo de San Pedro de Atacama de la ciudad de Calama.

Investigadores como Redfield, quien propone la noción de “continuo *folk*-urbano”, sostienen que este proceso de movilidad campo-ciudad constituye un proceso de transformación cultural, en el cual el mundo rural se presenta en simétrica oposición a la ciudad, como dos universos sociológicos incompatibles. Este universo de la “gran ciudad” (Simmel 2006 [1903]) es gobernado por procesos de individualización y secularización que dan, justamente, nacimiento al “modo de vida urbano”.⁵ Una vez que los migrantes se insertan en el resultado de la urbanización, que es el surgimiento de una cultura urbana, la condición de urbanitas resulta irrenunciable y será a partir de ese momento que la comunidad original deviene en un espacio de nostalgia ya que socialmente es irre recuperable.

En esta comprensión de los flujos migratorios el problema teórico y la orientación del trabajo de campo se focaliza en la adopción de una cultura urbana, es decir, en el problema de la integración a la sociedad urbana a través de la participación de sistemas de relaciones formales dadas por una sociedad industrial. Aquí el difusionismo norteamericano ejerció no poca influencia en la comprensión teórica de esta primera etapa de las investigaciones sobre migraciones. La integración se refirió más bien al proceso de “asimilación” en la sociedad receptora, que bajo el influjo de la Escuela de Chicago se redujo a una búsqueda de “igualación” con la sociedad dominante receptora (Fejós 1993).⁶

En Chile, a mediados del siglo pasado, Munizaga (1960, 1961) se concentra en investigar la migración mapuche en Santiago a partir de las estructuras sociales que construyen los migrantes como estrategia de integración y asimilación a la sociedad chilena urbana. Es justamente la formación de las llamadas

“estructuras transicionales” el centro de su interés, en cuanto dan cuenta de comportamientos institucionalizados que señalan el tránsito desde una cultura rural-mapuche a una urbana-chilena.

La atención antropológica sobre la migración y esta particular forma de comprensión se desarrolla con una relativa productividad durante las dos décadas siguientes. Al inicio de los años 80 las migraciones pierden atracción como campo para la reflexión sobre el cambio cultural, el que se desplazará hacia emergentes áreas de trabajo como son los estudios de género y el indianismo. Por cierto, el abandono que experimentan los estudios de migraciones en el continente no corresponde a la desaparición del fenómeno en sí mismo –si bien este disminuye en términos estadísticos–, sino más bien se debe a un cambio de interés intelectual, en cuyos fundamentos bien valdría la pena profundizar en una futura historia de la disciplina.

Desde la última década del siglo pasado los estudios de migración retornan en el seno de las sociedades metropolitanas al consolidarse como objeto de estudio antropológico los llamados “flujos migratorios transnacionales”. Este retorno de la migración se sustenta en la constatación de un nuevo tipo de migración transnacional afianzado en los tiempos inmediatamente siguientes al fin de la Guerra Fría. La formación de una nueva geografía mundial, primero trazada por el flujo del capital global y luego por masivos movimientos migratorios, deja a la vista el surgimiento de nuevas formaciones sociales en las cuales la vinculación entre territorio (nacional) y sociedad es reconfigurada. El nacimiento de los estudios sobre transnacionalismo dará paso a la formación de un vigoroso campo de trabajo en cuanto aparece como un espacio donde, por un lado, se construyen nuevas identidades, y por otro, el proceso implicaría transformaciones políticas en los ámbitos globales y locales (Glick Schiller *et al.* 1992; Ludger 1997; Glick Schiller 2003).

Si anteriormente los espacios de la migración –en su apremio por la integración– son vistos como un conjunto de estrategias orientadas a la asimilación, en cuyo tránsito las diferencias de los recién llegados a la ciudad se anulan para igualarse a la sociedad receptora, hoy en día estos espacios son comprendidos como lugares de negociación de las diferencias: espacios en que se juegan y redefinen las identidades. En efecto, el problema no se trata de si los inmigrantes se repliegan hacia su propio

⁵ Estas conceptualizaciones, de amplia difusión en los estudios urbanos, surgen de los primeros intentos explicativos de lo particular y específico de la ciudad moderna como estructuradora de la vida social. Las obras de Simmel (2006 [1903]) y Park (1984 [1925]) son postulados fundantes en la formulación de una cultura urbana moderna.

⁶ La Escuela de Chicago estipuló que todo migrante experimentaba las fases de contacto, conflicto, acomodación y asimilación en su proceso de integración a la ciudad. Esta concepción dio un impulso decisivo a la investigación de migraciones en el tiempo sucesivo, en cuanto la asimilación se instituyó en el objeto principal de la investigación. A partir de él, se desarrollaron diversas tipologías que daban cuenta del tránsito de extranjero a miembro pleno de la sociedad de acogida.

espacio cultural o si son asimilados por la cultura de la sociedad de acogida. No se trata de dos mundos radicalmente diferenciados entre los que el migrante transnacional se encuentra atrapado, sino más bien se trataría de dos mundos que se imbrican en la construcción de varias formas de identidad híbridas que disponen a los migrantes a participar simultáneamente en ellos (Morley 2000).

Tal “imbricación” de mundos sería posible por la construcción de un territorio que desborda las fronteras de los Estados nacionales, un territorio amplio de circulación y tráfico de personas, mensajes, símbolos y bienes, dando forma a circuitos de itinerarios multiformes que no se dejan reducir a la unidireccionalidad del movimiento desde la localidad al espacio urbano o global. En este contexto, muchos investigadores ya prescinden de los prefijos “e” o “in” de la palabra migración, ya que ellos habrían perdido capacidad discriminatoria para connotar un movimiento con carácter de entrada o salida, de permanencia definitiva o temporal. En la investigación actual surgen por doquier fisonomías de migración que plantean el despliegue de itinerarios múltiples, de una práctica de un ir y venir incesante, y en este trance se deja ver la formación de sociedades transnacionales y culturas desterritorializadas. La observación antropológica sobre los espacios transnacionales, que si bien se refiere a una problematización principalmente de sociedades metropolitanas, sin duda ha renovado los objetos y campos de trabajo de la disciplina, algo inminente en tiempos postcoloniales.

Una de las formulaciones más extendida como dispositivo teórico y metodológico que redituán el trabajo etnográfico en este ámbito es la observación de redes sociales, en cuanto ellas permitirían la movilidad transnacional al tiempo que escenifican relaciones y comportamientos sociales, prácticas fundamentadas en patrones de acción social, creencias y lenguaje. Se entienden las redes sociales como una suerte de extensión de los estudios de parentesco, y es justamente el estudio de ellas lo que ha motivado una buena parte de la práctica etnográfica actual (Brettell 2000; Glick Schiller 2003).

Parece, no obstante, que todas estas aparentes innovaciones disciplinarias basan su novedad más en una renovación de la reflexión que en una transformación radical de los fenómenos de residencia y movilidad experimentados por las poblaciones. Es decir, los grupos sociales siempre habrían vivido la

movilidad más de lo que los investigadores pudieron observar. Esto es lo que plantea Clifford (1997) cuando afirma que la antropología había considerado que las bases de una vida social auténtica se encontraban circunscritas a lugares cerrados. En efecto, la residencia entendida como la base social de la vida colectiva y el viaje –o desplazamiento– como su suplemento. En conclusión, las raíces siempre preceden a las rutas. En este sentido y en coherencia con el análisis del transnacionalismo, se entiende ahora que las prácticas de movilidad surgen como fuentes constitutivas de significados culturales más allá de ser una simple extensión o transferencia de ellos. Es en este punto cuando el estudio de la movilidad es recogido para ser instalado en el frente del análisis etnográfico, para, en consecuencia, observar las culturas como lugares de residencia y movilidad.

En el espacio sudamericano la etnografía llevada a cabo por Alber (1990) en el poblado de Huayapampa de los Andes peruanos sitúa esta discusión general en un plano local. En su estudio demuestra cómo el concepto de migración, en sus dos acepciones tanto de migración definitiva como temporal, no logra dar cuenta de la compleja dinámica de movilidad que experimentan los huayapampeños. En efecto, los itinerarios de los miembros de este poblado andino son gobernados por una multiplicidad de conexiones que les permiten desplazarse por una amplia geografía dotada de diferentes recursos económicos, y habitada por una diversidad de grupos sociales. En esta red de itinerarios compuesta por pueblos y ciudades se inserta la localidad de Huayapampa, a la que se vuelve de vez en vez, especialmente en tiempo de fiestas tradicionales, para intercambiar información y reactualizar vínculos. De esta forma, Alber se enfrenta al macizo campo de los “estudios de pueblo” forjado durante décadas por la antropología peruana, quien habría subestimado la migración al catalogarla más como un dato de carácter demográfico que como uno de carácter antropológico, al no advertir que los flujos de movimiento son mucho más complejos que la simple expulsión o salida de comuneros desde la localidad, ya que dicha dinámica al mismo tiempo modela las estructuras internas de dicha sociedad. Así como el caso de Huayapampa y los estudios transnacionales han demostrado, hoy en día parece más certero hablar de prácticas de movilidad que de migración, entendidas aquellas como un conjunto de movimientos que despliega un grupo social y que lo disponen al intercambio cultural permanente.

Ahora bien, ¿todos los grupos sociales gozarían de una condición de movilidad? Por cierto que no, aunque resulta obvio que todas las sociedades cuentan con miembros que se desplazan, viajan o movilizan, en definitiva esto no significa el dominio de una condición de movilidad. El interés antropológico surge en el momento que el conjunto de viajes y desplazamientos que realiza un colectivo moldea decisivamente y en términos concretos la vida social de ese grupo a través de la formación de estructuras sociales específicas.⁷

La investigación del transnacionalismo ha vinculado la formación de estructuras sociales con la construcción de redes sociales con altos grados de institucionalización que permiten la conexión de espacios transnacionales. Un buen ejemplo de esto son los estudios sobre la migración de “trabajadores invitados” de origen turco a Alemania, los cuales han demostrado la formalización de redes sociales luego de 40 años desde el arribo de los primeros inmigrantes, cuyas redes posibilitan la formación de una sociedad que territorialmente tiene expresión tanto en Alemania como en Turquía a través de itinerarios y tránsitos alimentados por el desarrollo de una poderosa “economía étnica” (Mandel 1989; Goldberg y Sen 1997). En un caso similar, los estudios en torno a la categoría social de “nuyorican”, denominación utilizada para los puertorriqueños asentados en Nueva York, plantean una sociedad puertorriqueña formada por viajeros cotidianos. En términos metafóricos, los investigadores establecen un paralelo entre la forma en que diariamente se recorre la ciudad para ir al lugar de trabajo (*commuters*) con los viajes que llevan los puertorriqueños

entre la isla y Nueva York. De este paralelo se ha consolidado la noción de una *commuter's Nation*, es decir, de una comunidad nacional que conecta de forma cotidiana dos espacios culturales diferenciados, conexión sustentada por complejas redes sociales construidas a lo largo de décadas entre la isla y la metrópolis estadounidense (Rodríguez 1994).

Si bien para fenómenos transnacionales se ha afianzado un cuerpo amplio de investigaciones que permite el análisis comparativo, para el caso de migraciones de carácter translocal en Sudamérica y Chile, los estudios son más bien escasos. Pero resulta claro en nuestro planteamiento que la observación actual de un grupo social no puede descartar *a priori* la existencia y relevancia de prácticas de movilidad. En efecto, residencia y movilidad deben ser entendidas como parte de una misma dinámica social, donde la movilidad pone en escena la comprensión de las relaciones sociales dentro de un amplio sistema de residencias.

Movilidad atacameña

Las poblaciones andinas se han desarrollado desde hace miles de años en un entorno ecológico que presenta particularidades distintivas en relación al surgimiento de otras sociedades agrarias como las europeas o las asiáticas. Lo que caracteriza el desarrollo agrario en el mundo andino es la gran diversidad de condiciones ecológicas en un territorio de espacios muy reducidos y no contiguos entre sí, de forma tal que las sociedades desplegaron una producción agropecuaria adaptada a las variaciones de la naturaleza. Estas limitaciones del entorno fueron sobrellevadas a partir de una estrategia de complementariedad y de “un máximo control de pisos ecológicos” (Murra 1972). Esto significa utilizar nichos ecológicos espacialmente distanciados entre los cuales se articula una producción complementaria. En consecuencia, es el conjunto de las actividades distribuidas espacialmente en forma de archipiélagos el que permite el desarrollo de sus partes. El control de un territorio con este carácter requirió históricamente de la formación de un tipo de sociedad capaz de administrar mecanismos de cooperación para su manejo (Golte 2001).

Una de las formas de administración del territorio identificada para poblaciones prehispánicas en los Andes Centro Sur es la que Núñez y Dillehay (1979) denominaron como de “movilidad giratoria”, la cual consistiría en movimientos articulados por el

⁷ Ya anteriormente, en un trabajo etnográfico desarrollado en la Isla Santa María en la VIII Región de Chile (Imilan 2002), arribamos a una conclusión que escenifica el rol que juega el movimiento en la construcción de territorio, así como el carácter viajero de un grupo social la posibilita. En aquel caso, el grupo social de la Isla Santa María era capaz de articular un territorio mucho más amplio que los límites de su isla, estableciendo vínculos parentales, económicos o religiosos en una serie de puertos dispuestos a lo largo del Golfo de Arauco. Resulta particularmente interesante poner la experiencia de la Isla Santa María en relación a la Mocha, un asentamiento isleño cercano de características históricas muy similares. Contrariamente, el territorio de la sociedad mochana se encontraría definitivamente limitado por los bordes geográficos de la isla. Al observar ambos casos, el mar resulta para unos ser una frontera, para otros, una extensión de su territorio. Lo que distinguiría finalmente a ambas islas es la condición viajera que gobierna la vida social de la comunidad de la Isla Santa María.

tráfico de caravanas de llamas, que dibujan formas circulares en el espacio, desarrollada por sociedades surandinas como imperativo para el control y cooperación entre espacios ecológicamente diferenciados y espacialmente dispersos. A partir de estas prácticas de movilidad ancestrales, se ha argumentado más recientemente que la movilidad atacameña ha permitido la conformación de una “interdigitación multiétnica”, como resultado de la vinculación de distintos grupos sociales a través del parentesco y otras instituciones sociales localizadas geográficamente en forma discontinua (Martínez 1998).

La complementariedad territorial de las sociedades surandinas, más que por una administración territorial basada en el control de pisos verticales (ajustada a las sociedades de los Andes Centrales), habría estado marcada por un modo de vida móvil que transitó desde los cazadores recolectores a sociedades agropastoriles que practicaron el caravaneo, con menos desarrollo urbano y agrícola en relación a las sociedades de los Andes Centrales. De esta forma, los sectores móviles de las sociedades surandinas habrían sido fundamentales en la formación de “ejes” o asentamientos sedentarios que permitieron la complementariedad de recursos especializados formando una fisonomía social de “señoríos” políticamente autónomos pero imbricados económicamente.

Es claro que esta forma de complementación ha sufrido transformaciones como consecuencia de la dominación colonial española así como posteriormente la ejercida por los Estados boliviano y chileno. En efecto, ¿sería posible identificar la pervivencia actual de esta movilidad y que ella juegue un rol en la construcción del territorio contemporáneo de la población atacameña?

Nuevos dispositivos territoriales en los últimos 20 años han transformado las prácticas de la población atacameña, producto de la implementación tanto de elementos institucionales como de la generación de una geografía económica, de la cual los atacameños no están marginados. En la última década se han consolidado dos importantes industrias en la zona: la minería y el turismo. A la clásica minería industrial de tipo metálica orientada a la extracción de cobre en explotaciones a cielo abierto desarrollada desde principios del siglo pasado, se ha sumado en los últimos años una minería no metálica cuyas explotaciones –extracción de litio, cadmio, etc.– se localizan al interior de los salares (principalmen-

te en el de Atacama pero también en el Salar de Ascotán). Las empresas que poseen explotaciones en la Cuenca del Salar de Atacama comprenden la subcontratación de servicios como uno de los principales ejes de gestión. Esto ha significado que los antiguos campamentos mineros administrados por las compañías que dotaban de servicios a los trabajadores han tendido a desaparecer y ser reemplazados por los asentamientos tradicionales. De esta forma, el suministro de alojamiento, alimentación y esparcimiento que requieren los trabajadores de la minería, antiguamente provistos por las compañías a través de sus propios campamentos, hoy en día han sido transferidos a localidades como Peine o Toconao. Sin duda, la presencia masiva de trabajadores asalariados es una fuente de cambio social fundamental en las localidades del Salar de Atacama, fenómeno que sólo recientemente ha llamado la atención académica sobre la dimensión de tal impacto.

Otro foco de transformación reciente de la geografía económica de la zona es la consolidación de una industria turística internacional con asiento en San Pedro de Atacama. Esta industria ha expandido las actividades económicas hacia el sector servicios. En los últimos cinco años la conformación de una Red de Turismo Rural y la incorporación exitosa de comunidades atacameñas a la administración de Areas Protegidas han permitido incrementar significativamente la participación de fuerza de trabajo de origen étnico en la industria turística.

La tercera actividad que completa la geografía económica son el pastoreo y la agricultura tradicional desarrollada en oasis y quebradas. Fueron justamente estas actividades, junto a la recolección de algarrobo, de carácter tradicional, las que promovieron desde tiempos ancestrales la construcción de redes de circulación tanto de productos como de personas que abarcaron incluso el actual territorio argentino. Esto último es aún hoy observable en la localidad de Talabre, la cual mantiene relaciones con la zona de Catua (Argentina) que posibilita el comercio de camélidos, sosteniendo de esta forma inmemoriales circuitos de circulación en los Andes Centro Sur (Morales 1997). No obstante, hay que precisar que la movilidad sustentada por esta articulación de redes ancestrales resulta en la actualidad ser más bien excepcional, ya que los sistemas de producción industrial y turístico juegan un rol mucho más fuerte que los tradicionales en la movilidad atacameña.

Las prácticas económicas recientes trazan una circulación permanente entre las localidades del Salar, San Pedro de Atacama y Calama. Este circuito de movilidad es producto no tan sólo de la geografía económica ya reseñada sino también por una serie de dispositivos institucionales. Entre ellos destaca la localización del poder estatal (Municipalidad y Gobernación Provincial), la distribución de servicios (principalmente vinculados a la educación y salud) y la construcción de infraestructura vial. Si el rol que juega la minería en la formación de la geografía económica es preponderante, se puede plantear que, en el caso de los dispositivos institucionales, la política indígena llevada a cabo por el Estado desde mediados de la década de 1990 es también fundamental en la actualidad. El desarrollo de esta política que ha permitido alinear a otros actores sociales, como son organizaciones de la sociedad civil y la empresa privada, está habilitando nuevos circuitos de movilidad al impulsar obras de infraestructura y desarrollar servicios específicamente orientados a la población atacameña.

Los circuitos de movilidad atacameña entre las localidades del Salar y San Pedro de Atacama tienen un carácter muy visible. La capital comunal ha experimentado en años recientes el crecimiento de suburbanizaciones donde se asientan migrantes de las localidades. Si bien estas suburbanizaciones poseen un núcleo de residentes permanentes, también son utilizadas como asentamientos temporales por los miembros de la familia extensa. Si bien cada localidad establece una forma relativamente diferenciada de relacionarse con San Pedro de Atacama, entre ellas vale la pena destacar el caso de la comunidad de Machuca por su aparente radicalidad, ya que sus miembros residen casi en su totalidad con mayor permanencia en San Pedro de Atacama.

Desde hace un par de años las reuniones de la Comunidad Indígena de Machuca se llevan a cabo periódicamente en la Sede Social construida en la periferia de San Pedro de Atacama. En tales reuniones se deciden proyectos y acciones para ser realizadas en la localidad distante 40 km en dirección noreste. La construcción de una sede comunitaria en San Pedro responde al hecho de que para la mayoría de los machuqueños resulta más fácil encontrarse en San Pedro de Atacama que en el propio Machuca, ya que la mayoría de ellos han abandonado las actividades tradicionales de la localidad para asentarse en San Pedro atraídos por actividades asalariadas. De esta forma, la comunidad se reconstituye en San Pedro

de Atacama movilizada por la posibilidad de restablecer bases de desarrollo colectivo en su localidad original.⁸ De esta forma, ambos asentamientos se conectan a través de un movimiento permanente que dispone a la población machuqueña al desarrollo de una práctica de multirresidencialidad.

En efecto, lo que observamos en este caso se ajusta más a ser denominada como una práctica de movilidad que de migración. Frente a este caso resulta inadecuado insistir en el carácter unidireccional de la migración en el orden campo-pueblo-ciudad, tal como se comprendieron en un primer momento los procesos de migración. La discusión actual denomina como movimiento pendular⁹ el tipo de migración que circula por varios puntos de un itinerario a partir de un movimiento de “ir y venir”.

En un intento de generalización y resguardando las diferencias entre cada comunidad-localidad atacameña, la práctica de un movimiento de tipo pendular es la fisonomía preponderante del movimiento de la sociedad atacameña, entendido como un tipo de movilidad exigida para el control territorial actual. Una nueva geografía económica dispondría las actividades de turismo, minería y servicios institucionales en nuevos “pisos ecológicos”, cuya administración actual o participación en ellos es posible por el establecimiento de múltiples residencias conectadas por un movimiento pendular.¹⁰

⁸ En la localidad se han llevado a cabo en los últimos años una serie de inversiones vinculadas al turismo rural; sin embargo, la valoración de los miembros de la comunidad sobre dicha inversión se vincula mucho más a las posibilidades de restablecer una base económica a modo de plataforma para reimpulsar las actividades agrícolas y pastoriles tradicionales (Morales 2006).

⁹ Para la idea de “lo pendular” ampliamente trabajado en los estudios transnacionales, ver por ejemplo, Fog-Olwig (1993), Chambers (1994), Rodríguez (1994), Kaplan (1996), Rapport y Dawson (1998) y Al-Ali y Koser (2002).

¹⁰ En relación a esto, un estudio reciente dimensionó el impacto de la industria del turismo administrada por las comunidades del Salar de Atacama en cuanto nueva fuente laboral en las economías locales. La investigación mostró que las personas empleadas en las actividades de administración de casas de huéspedes, cocinerías y servicios de turismo en las Áreas Protegidas complementan sus ingresos con otras ocupaciones, como las tradicionales de agricultura y pastoreo. De esta forma, el grupo familiar dispone de distintas ocupaciones que le permiten en su conjunto su reproducción (Morales y Rocamora 2005 Ms).

En el próximo apartado se describirá la fisonomía que adopta la residencia-movilidad de socaireños entre la localidad de Socaire y la ciudad de Calama con el objeto de caracterizar de mejor manera este fenómeno.

Residencia(s) socaireña

Los datos censales del año 2002 señalaron, tal como se planteó al inicio de esta presentación, que la población atacameña que reside en Calama excede significativamente a la que reside en las localidades. Para profundizar sobre el carácter de tal residencia en relación a prácticas de movilidad llevamos a cabo una investigación etnográfica con residentes socaireños en Calama cuyo objetivo fue construir “itinerarios de movilidad”, es decir, se aplicaron entrevistas episódicas orientadas a la descripción de prácticas de movilidad-residencia con respecto a Calama.¹¹

Para iniciar la exposición de la información etnográfica presentamos dos relatos episódicos. El primero expresa un proceso relativamente general en toda migración, que responde al asentamiento permanente por parte de lo que se llama, en los estudios de migraciones, “migrantes pioneros” (Han 2005). Una mujer socaireña (Ana, 52) describe su arribo y asentamiento en la ciudad de la siguiente forma:

“Tenía como 20 años cuando llegué a Calama, yo ya llevo como 30 acá. Yo no conocía a nadie, en realidad una amiga de Socaire se había venido antes a la ciudad. Un calameño fue a buscar a Socaire una persona para que trabajara en su casa, como no había nada en el pueblo me vine a Calama. Trabajé dos años en su casa y después busqué otros trabajos, fui secretaria, asistente en negocios y otras cosas.

Yo me casé con un calameño que trabajaba en CODELCO y nos salió casa, nos vinimos desde Huaytiquina a Villa Exótica. En ese tiempo Calama era más tranquila, no como ahora que hay mucha gente y se ha puesto más peligrosa. Antes de casarme subía cada dos meses a Socaire, también en ese tiempo el viaje era mucho más largo que

ahora, era más difícil. Después que me casé iba todos los meses. Subía para las fiestas y para ver a mis padres. Pero ahora, en realidad hace como 15 años que no subo a una ‘limpia de canales’.

Yo fui pastora cuando niña, cuando le cuento eso a mis hijos no se lo pueden imaginar. Ellos no saben nada de siembras, animales y esas cosas. Mis dos hijos son calameños, yo me siento atacameña pero ellos no porque nacieron en Calama. Yo los llevaba cuando niños a Socaire pero ellos nunca han estado en una ‘limpia de canales’. Ahora uno vive en una casa que tenemos en Antofagasta, porque está estudiando en la universidad allá, y el otro se casó y está aquí en Calama.

Después que mi padre murió, yo ya vivía hace años en la ciudad, mi madre se vino conmigo. Pero yo no quiero perder lo de mis padres en el pueblo, quiero arreglar la casa que tenemos allá, me daría mucha pena no tener nada en Socaire.

Toda mi familia ha venido a Calama, siempre se quedan en mi casa. He tenido de allegados a sobrinas que se quedaron viviendo varios años conmigo, una siete y la otra casi 11 años. Ellas ya tienen casa acá, muy cerca de la mía.”

Ponemos atención en este relato en dos elementos caracterizados ampliamente en los estudios de migración. El primero dice relación con la llamada “cadena migratoria”, y el segundo, sobre el proceso de integración de segundas y terceras generaciones de migrantes.

En el caso expuesto, la consolidación económica y familiar de la migrante le ha permitido transformarse en un punto fundamental en la red social que facilita la migración de otros miembros de la comunidad. El apoyo brindado a familiares, como es el caso de las sobrinas en el relato, deja en claro el rol de apoyo en la cadena de migración o movilidad hacia la ciudad.

El segundo elemento de atención es la integración de los hijos a la sociedad urbana y su desvinculación con la sociedad socaireña materna. Haber nacido en Calama y no haber participado nunca de una “limpia de canales”, hace que los hijos “no se puedan imaginar” las labores de pastoreo tan propias de Socaire y de las cuales participó la madre durante su infancia. Más aún, es claro que los hijos han seguido otros caminos al destacar el estudio

¹¹ Las entrevistas se orientaron a identificar lugares y motivos de residencia en los últimos cinco años en un grupo compuesto por 15 personas que poseen fuertes vínculos de parentesco en la comunidad de Socaire. Los nombres de los informantes citados en el texto han sido cambiados.

universitario de uno de ellos en Antofagasta, cuya residencia (así como Iquique es comprendido como lugar de esparcimiento) es percibida por muchos calameños como un símbolo de estatus.

El proceso de la integración de los migrantes de segunda y tercera generación se ha transformado en uno de los principales objetos de estudio en la investigación de migraciones, el cual ha sido descrito con muchas similitudes para lugares y contextos diversos. Lo que se desprende del relato es que la tercera generación desde el arribo –en este caso los futuros nietos de Ana– se encontrarán completamente integrados o asimilados a la sociedad urbana, ya sin vínculos relevantes al origen étnico de su abuela.

No obstante, es importante situar temporalmente este proceso y notar que corresponde a una experiencia de migración vivida hace 30 años, cuando las condiciones de movilidad de la provincia eran distintas a las actuales.

Esta experiencia de movilidad-residencia la denomino para efectos explicativos como de “residencia de larga permanencia”. Dentro de este grupo se encuentran socaireños que gozan de una residencia estable en la ciudad de Calama en el transcurso de años. Son personas que han construido su vida en la ciudad, tal como se presenta en el relato de Ana, es decir, han trabajado, formaron familia y han invertido sus excedentes principalmente en la ciudad. Generalmente lograron vincularse de forma estable a las empresas mineras, en particular a CODELCO¹², lo que les ha permitido acceder a una completa red de servicios sociales y financieros. Obtener un contrato permanente en la empresa estatal cuprífera es considerada la forma más segura de ascenso social en Calama. Este grupo en su mayoría se autorreconoce como socaireño y, más recientemente, como atacameño¹³, pero no resulta así generalmente para sus hijos nacidos y educados en Calama.

El grupo que no se ha incorporado a CODELCO ha podido emplearse por temporadas en algunas de las cientos de empresas subcontratistas que trabajan para la gran minería. No obstante, la proliferación de empresas subcontratistas es más bien reciente, por lo que muchos de los socaireños más antiguos en Calama han emprendido sus propios negocios vinculados a la alimentación, por medio de cocinerías o pequeños almacenes de barrio. Esto último resulta especialmente llamativo en el caso de las mujeres, ya que la mayoría de la contratación en actividades mineras está orientada a hombres; existe un grupo relevante entre las mujeres que ha percibido la gestión de una pequeña empresa como alternativa a la discriminación en el mercado del trabajo industrial.

Muchos jóvenes que estudian en Calama también son considerados dentro de este grupo de “residencia de larga permanencia”. La enseñanza media para los habitantes de las localidades del Salar de Atacama sólo puede ser cursada en Sequitor (*ayllu* de San Pedro de Atacama) o en Calama, por ello los jóvenes atacameños que desean continuar sus estudios son obligados a dejar sus localidades. La oferta de educación presentada por el Liceo de Sequitor, el único dependiente de la Municipalidad de San Pedro de Atacama, se focaliza en una formación técnica agrícola, y sólo recientemente se ha incorporado el turismo. Por el contrario, la oferta educacional en Calama es amplia, donde se privilegian principalmente las áreas de servicios y oficios vinculados a actividades industriales. Los jóvenes que desean concluir con la enseñanza escolar en Calama deben residir al menos cuatro años en la ciudad, durante este tiempo son apoyados por programas de becas gubernamentales o provistas por otras instituciones. La formalización de la residencia por motivos de educación se expresa en el crecimiento del Internado Andino, una residencia estudiantil donde viven jóvenes atacameños y quechuas tanto del Salar de Atacama como del Loa Superior. Si bien la existencia de apoyos institucionales facilita la residencia de los estudiantes, el soporte familiar sigue siendo fundamental para financiar la estadía de los jóvenes en Calama.

Los principales vínculos que mantiene este grupo de “residencia de larga permanencia” se fundamentan en relaciones parentales y de amistad con miembros que residen permanentemente en Socaire. Estos vínculos tienen una especial expresión durante las fiestas comunitarias, como en el caso de Socaire es

¹² Corporación Nacional del Cobre, empresa estatal que administra en Calama la mina de cobre más grande del mundo junto con yacimientos de reciente explotación también en la Provincia de El Loa.

¹³ Sobre el autorreconocimiento como atacameño, es interesante destacar que muchos de los entrevistados estuvieron a favor de esta denominación con expresiones como: “ahora también somos atacameños” o “así dicen, esto de ser atacameño...”, sin embargo, estas afirmaciones dejan entrever una cierta lejanía íntima con dicha idea, no así como la noción de “mi pueblo” para señalar a la localidad originaria.

la “limpia de canales”.¹⁴ De esta forma, al menos una vez al año los residentes de Calama tienen una posibilidad colectiva de reactualizar vínculos con otros socaireños.

Ahora incorporamos un segundo tipo de itinerario, expresado en el siguiente relato de una joven mujer socaireña (Mireya, 29):

“Cuando era niña, después de la escuela de aquí en Socaire, iba para Santa Rosa a ayudar a mi mamá con los animales, para mí era entretenido, pero igual había que trabajar, después cuando más grande me iba sola con los llamos y corderos.

Eramos hartos niños en la escuela, más de los que hay ahora, porque también vivía más gente en el pueblo. Entonces, antes de terminar la Básica me fui a San Pedro, ahí me quedé en la casa de un hermano de mi mamá, pero no me gustó, así es que al año siguiente me fui a Calama. En la ciudad vivía una tía, pero no me quedé con ella, me quedé en el Internado Andino. Algunos fines de semana bajaba mi mamá a Calama y nos juntábamos en la casa de mi tía. En el Internado era todo más tranquilo, ahí conocí a los niños que venían de otros pueblos, habíamos pocos de Socaire, y también los niños nos invitaban a las fiestas de sus pueblos, me acuerdo de los viajes para la Virgen de Ayquina donde íbamos todos, en realidad parecía que todos en Calama iban para la fiesta.

Todos los veranos me iba para el pueblo, en las vacaciones también y para las fiestas, para la ‘limpia de canales’ subíamos todos los de Socaire, pedíamos permiso en el Liceo y subía con mi tía y mis primas.

Después que me gradué trabajé en algunos trabajos chicos en Calama, en negocios y cosas así, después me dije, ya, me vuelvo a Socaire pero yo quería trabajar, por eso presentamos proyectos y empecé a tomar las capacitaciones en turismo. El

¹⁴ La “limpia de canales”, que tiene el carácter de un trabajo comunitario, es la principal fiesta anual de Socaire. Durante su desarrollo la localidad al menos triplica su población. Resulta interesante destacar que al ser un trabajo comunitario, todos sus participantes deben estar vinculados a una familia con la que colaboran en la limpieza de los canales. Por ello, los residentes de otros lugares deben vincularse a alguno de los núcleos familiares que realizan algún tipo de actividad agrícola en la localidad de Socaire.

problema es que en el pueblo como que no quieren trabajar con algunos jóvenes, entonces después me fui a Calama, donde mi tía, a ver si trabajaba allá, pero en realidad encontré algunos trabajos que no me gustaban mucho, así es que me volví a Socaire. Por ese tiempo ya había tenido a mi hija, así es que decidí quedarme en el pueblo y ayudar con los animales y las siembras.

El verano pasado me fui con mi abuela y los animales [a las estancias de pastoreo], me gusta estar con ella porque aprendo muchas cosas de los antiguos, aprendo sobre plantas y escucho algunas creencias antiguas que cuenta mi abuela. Además la tranquilidad de los montes me gusta mucho. Mi marido este año empezó a trabajar en una empresa contratista en Calama, así es que yo creo que me voy a acompañarlo con mi hija en los próximos meses, para eso la tengo que poner en la escuela de allá, y ocuparemos una casa que tienen unos tíos de mi marido en la Villa Caspana que está desocupada hace tiempo.”

La movilidad-residencia que se presenta en este segundo relato es promovida por la geografía de la provincia a la que hacíamos mención; la circulación en virtud de la educación y trabajos temporales, así como el empleo de infraestructura institucional, marcan una diferencia fundamental con el primer relato. Lo que ha experimentado la protagonista de esta narración es una práctica de “ir y venir” entre Socaire y Calama. Períodos cortos que se alternan a una velocidad que termina construyendo un continuo entre ambos espacios.

En esta dinámica se expresa una cualidad muy particular que dice relación con la capacidad de adaptación a medios o disciplinas sociales muy dispares. Nos referimos a una alternancia entre actividades disímiles que se exponen en el relato, como son el pastoreo de estancia en la Puna Atacameña y actividades en el comercio establecido de Calama. Lo que parece prevalecer en esta dinámica de movilidad-residencia es una “toma de oportunidades” que se presentan ya sea en Calama o en la localidad, posible porque la alternancia entre “los montes” y la ciudad no parece ser dramática, aunque la entrevistada prefiera el primero, el espacio tradicional.

El relato presenta un tipo de itinerario que denominamos como de “residencias alternadas”. Para complementar la descripción de este tipo de itinerario incluimos un cuadro resumen en el cual se describen otros siete

TIEMPO	Año 1			Año 2			Año 3			Año 4			Año 5		
	1/3	2/3	3/3	1/3	2/3	3/3	1/3	2/3	3/3	1/3	2/3	3/3	1/3	2/3	3/3
Itinerario 1															
Itinerario 2															
Itinerario 3															
Itinerario 4															
Itinerario 5															
Itinerario 6															
Itinerario 7															

Tipo de residencias	
Residencia en Calama	
Residencia en Socaire	
Otra localidad en la Provincia de El Loa	
Fuera de la Provincia	

Figura 2. Cuadro de itinerario de movilidad: Residencias alternadas. Los 15 entrevistados forman parte de siete familias nucleares. Para la construcción de la tabla se seleccionó un miembro por familia, cada itinerario representado es personal. La periodización temporal corresponde a un trimestre, es decir, se identifican tres meses como unidad mínima de residencia.

itinerarios de movilidad realizados por socaireños en el período comprendido entre los años 2004-2005. Durante este tiempo las residencias de los entrevistados –para efectos metodológicos– fueron situadas en cuatro espacios, a saber: la ciudad de Calama, la localidad de Socaire, otra localidad en el espacio de la Provincia de El Loa, y otra localidad fuera de la Provincia de El Loa (Figura 2).

A partir de las diferentes tramas del gráfico, en que cada una representa un lugar específico de residencia, se reconoce como dinámica general una alternancia de residencias en cada itinerario. Se expresa en forma clara que los diferentes itinerarios combinan residencias tanto en Socaire como en Calama, algunas veces se incorporan de forma eventual otras localidades del Salar, como son principalmente San Pedro de Atacama, Toconao y Peine, las localidades con mayor actividad económica de la provincia. Excepcionalmente se identifican residencias fuera del área del Salar de Atacama.

Estas “residencias alternadas” exponen temporadas en Calama en que se recurre a ocupaciones temporales, entre las que destacan: dependientes de locales comerciales (especialmente en el caso de mujeres), contrataciones con empresas externas a CODELCO, chofer de transporte y otras ocupaciones diversas. A su vez, en los períodos de residencia en

Socaire es posible vincularse al sector servicios de la economía¹⁵ así como a actividades tradicionales, como la agricultura o el pastoreo.

El tercer tipo de itinerario identificado responde a “residencias de corta duración” menores a tres meses, residencias sustentadas por un par de días o semanas. Estas se encuentran generalmente restringidas a trámites burocráticos o vinculadas con los servicios de salud. En los últimos años los viajes de compras se han incrementado notoriamente, en correspondencia a un aumento en la oferta y competitividad de productos en los mercados de Calama. Muchos atacameños viajan a la ciudad para abastecerse no sólo de alimentos sino también de bienes de consumo tanto para uso personal como comercial. Durante estas residencias cortas los socaireños deben pernoctar junto a familiares y amigos que disponen de una red de hospedaje.

¹⁵ La instalación de explotaciones mineras en el Salar de Atacama ha generado una demanda de mano de obra desde las diferentes localidades. Las empresas disponen de los medios de transporte que posibilitan el acceso hacia las faenas. En diciembre de 2005 identificamos cerca de 30 residentes en Socaire que trabajaban en las explotaciones mineras del Salar de Atacama (de una población total cercana a las 300 personas). Cabe consignar la extrema flexibilidad de este mercado de trabajo, por lo que los trabajadores la mayoría de las veces lo consideran un trabajo temporal.

De los tres tipos de itinerarios presentados, el de “residencias alternadas” expresa la importancia de dispositivos institucionales y de la geografía económica en la formación de una determinada práctica de movilidad. Según se ha presentado, los itinerarios están determinados principalmente por las condiciones de un mercado de trabajo muy dinámico y en extremo flexible, tal como se observa en Calama, y sería justamente este carácter lo que facilitaría la práctica alternada residencial.

Integración a la ciudad

En los primeros estudios sobre integración de migrantes a espacios urbanos la influencia ejercida por la Escuela de Chicago se deja ver en la búsqueda insistente de espacios o barrios étnicamente homogéneos al interior de la ciudad.¹⁶ Esto supone que la forma natural a la integración de la ciudad determina, en un primer momento, la formación de comunidades relativamente cerradas y segregadas. Si bien esto puede ser observado empíricamente en ciertos casos, no es menos cierto también que responde a una limitación de orden teórico-metodológico. En el caso de la antropología, en el momento que empecé a trabajar en espacios urbanos, realizó un traslado de su objeto de estudio al campo de la ciudad, en el sentido de que el estudio o la búsqueda de “comunidades urbanas” resultó ser el mejor reemplazante de la aldea. En efecto, la investigación de barrios y *ghettos* étnicos ha representado durante largo tiempo una opción para el ejercicio del trabajo de campo al ser observados como verdaderas “aldeas urbanas” (Welz 1991). Recientemente, la búsqueda de territorios étnicos al interior de la ciudad ha sido complementada con la identificación de redes de trabajo entre los migrantes. La expresión más contundente de este nuevo objeto serían las llamadas “economías étnicas”¹⁷, en referencia a redes de

trabajo con una alta formalización que permiten el acceso a determinados mercados de trabajo.

En efecto, siguiendo esta discusión, la condición étnica de un grupo social en la ciudad debiera expresarse ya sea en la formación de barrios étnicamente homogéneos y/o en la consolidación de economías étnicas. Sin embargo, en Calama no encontramos ni una alta concentración de residencias socaireñas o atacameñas en general, ni un segmento de mercado copado por los miembros de estos colectivos.

Durante la investigación de terreno, los entrevistados señalaron residencias en Calama localizadas en diferentes sectores y barrios, algunas veces cercanos a familiares y miembros de la comunidad, pero otras veces sin relación con ellos. Frente a la pregunta de si podrían identificar dónde se encontraba una mayor concentración de socaireños, ningún entrevistado pudo indicar un lugar específico. Tipos de afirmaciones como “estamos en todas partes” o “cada uno vive donde le salga casa” ejemplifican la inexistencia de un imaginario de ocupación espacial particular de la ciudad. De igual forma, ampliando la pregunta hacia la localización concentrada de residencia de miembros de otras localidades atacameñas –atacameños en general– la respuesta fue siempre la misma, en efecto, no existiría un patrón de concentración en la ocupación de la ciudad. El único grupo relativamente distintivo que fue sindicado con una concentración espacial en Calama fueron migrantes bolivianos, quienes se identifican residiendo principalmente en los alrededores del mercado de la ciudad, donde, además, llevarían a cabo sus actividades comerciales.

La ocupación de sectores centrales o periféricos de la ciudad responde más bien a una situación basada en ingresos económicos que a otro tipo de consideraciones. En este sentido, es la capacidad de consumo lo que restringe o posibilita la habitación en los diferentes sectores de la ciudad, ya que se encontraría en directa relación con su mercado inmobiliario. En consecuencia, no es posible identificar una apropiación particular –es decir, de carácter étnico– del espacio en comparación a los otros habitantes de la ciudad.

Cabe destacar que, además de esta dispersión espacial en la ocupación de la ciudad, no se reconocen lugares de encuentro con una clara connotación étnica, como pudieran representar plazas y mercados. En este sentido se señalan determinados centros de

¹⁶ Fue bajo la concepción pseudocientífica de “Area Natural” que la Escuela de Chicago llevó a cabo su práctica investigativa y desarrollo teórico que ha influenciado ampliamente no sólo los estudios urbanos en Estados Unidos, sino incluso se ha tomado erradamente como un modelo de aplicabilidad general para diversos procesos de urbanización (Treibel 1990).

¹⁷ La noción de “economía étnica” se entiende como la formación de una estructura de relaciones que discrimina en función de la adscripción étnica el acceso a un mercado o actividad, lo que determina la formación de sistemas económicos relativamente cerrados que impulsan el desarrollo de empresas privadas, por ejemplo, de base familiar (Goldberg y Sen 1997).

entretención nocturna en que principalmente los jóvenes participan, así como las canchas de fútbol donde participa el club “Hijos de Socaire”, como eventuales lugares de encuentro.

La construcción de una economía de base étnica tampoco es identificable. Tal como planteábamos en el apartado anterior respecto al desempeño en ciertas ocupaciones, el espectro de ellas es amplio y no es posible identificar una tendencia particular. El único rubro que llama la atención –en el sentido de una cierta concentración de socaireños empleados– es el oficio de chofer de taxis colectivos. No obstante, según la propia apreciación de algunos de ellos, tal situación respondería más a una casualidad que a una estructura relativamente formal que permite un acceso diferenciado a dicho mercado laboral. De hecho, este mercado del trabajo no es ni unitario ni centralizado, ya que las diferentes líneas de taxis colectivos de Calama operan de manera independiente, atomizados en decenas de empresarios dueños de los vehículos, entre los cuales no se cuentan especialmente atacameños. Si bien resulta lógico que los socaireños articulen al menos una red de información respecto a la disponibilidad de plazas de trabajo así como de contactos con los empresarios, este oficio no tiene una connotación distintiva.

Entonces, ¿cómo se expresa la pertenencia a “lo socaireño” en Calama? El caso calameño sería diferente a otros asentamientos de los Andes en los cuales tanto el mercado informal como el comercio de productos agrícolas son fundamentales para que grupos indígenas construyan su lugar en la ciudad (Böll *et al.* 1997). En el caso atacameño en general, la venta de la producción local en la ciudad es casi inexistente, así como la participación en mercados informales de trabajo no juega un rol relevante. La integración a la ciudad en el caso socaireño se produce a través del trabajo asalariado dentro de un mercado formal. En efecto, todas las ocupaciones que desempeñan los entrevistados tienen un carácter asalariado o independiente a través de pequeñas empresas, pero siempre dentro de la economía formal.

Esta forma de integración en la que participan los socaireños en Calama podría poner en escena la tesis del “enmascaramiento” de la identidad étnica en la ciudad. Esta formulación se ha consolidado en la reflexión nacional como una respuesta a la carencia de espacios étnicos al interior de las ciudades chilenas especialmente observada para el caso mapuche en

Santiago. Siguiendo su argumentación, la condición étnica se torna invisible en la ciudad como estrategia implementada por los migrantes para evitar la discriminación a causa de su condición “india”, de manera tal que facilite la integración a ésta como cualquier otro habitante (Montecino 1990; Tabilo *et al.* 1995; Aravena 1998, 2002; Gissi 2001). No obstante, el caso atacameño en general parece tener otro carácter, ya que se puede plantear que Calama es, en efecto, un asentamiento atacameño en su origen.

La puesta en moda del transnacionalismo y su investigación sobre procesos de integración de migrantes permite actualmente disponer de diversidad de descripciones de cómo específicos grupos étnicos llevan a cabo procesos de integración en ciudades particulares. Se ha demostrado ampliamente que el alcance de las configuraciones sociales e historias particulares de los espacios urbanos no se deja atrapar por planteamientos de orden general, como supone la búsqueda de barrios y economías étnicas como fundamentales espacios de integración. Si en el caso socaireño en Calama parece primar una estructura formal de relaciones (basadas en un mercado formal del trabajo), la pregunta debiera orientarse hacia cómo esta estructura se relaciona con sistemas informales o tradicionales de relaciones (sistemas de parentesco y de amistad).

En los primeros estudios de la ciudad latinoamericana se sostiene que cuando el sistema de relaciones formales no logra integrar a sus habitantes, entonces operan sistemas informales o tradicionales de relaciones.¹⁸ Tal formulación excluyente inadvierte que

¹⁸ En la conceptualización clásica de los procesos de urbanización europeos, observando la gran migración campo-ciudad de la segunda mitad del siglo XIX y que desembocó en un acelerado proceso urbanizador, el desarrollo de la industria habría permitido que “las ciudades se transformaran en gigantescas máquinas de integración” (Häußermann y Oswald 1997). El caso latinoamericano muestra algo muy distinto, justamente porque la explosión urbana no estuvo unida a la demanda de mano de obra industrial. Germani (1976) identificó cuatro mecanismos fundamentales en la urbanización producida por oleadas sostenidas de campesinos desde 1950 en Latinoamérica, estrategias que permitieron el asentamiento e integración a las ciudades, a saber: la sobrevivencia de estructuras tradicionales, la mantención de patrones familiares, la expansión de la población empleada en el sector servicios y el aumento de la población marginal. Estos mecanismos plantean que al arribo a la ciudad, la mayoría de los inmigrantes no pudo incorporarse a la estructura productiva industrial, debido a que el desarrollo industrial

el espacio urbano se encuentra cruzado por múltiples sistemas de relaciones, formales como informales –gobernados por distintos tipos de institucionalidad y grupos sociales–, y si bien, en términos analíticos ellos se pueden aislar, en la práctica de la vida social estos se combinan. Tal combinación de sistemas es justamente una característica del espacio urbano de la cual los habitantes de la ciudad no pueden excluirse (Signorelli 1999; Erdentung y Colombijn 2002). En este sentido, para el caso mexicano investigadores como Lomnitz (1977, 1996) han demostrado cómo tipos de sistemas tradicional y formal se superponen de formas específicas, describiendo en sus investigaciones cuándo las relaciones parentales juegan un rol fundamental, cuándo ellas pueden ser reemplazadas por redes de amistad más amplia y cuándo son alternadas por estructuras formales.

Calama es un espacio de asalariamiento para los socaireños, un espacio que principalmente es determinado por relaciones de tipo formales; más allá de esto es fundamental profundizar en la articulación de las redes de parentesco y de amistad en la ciudad, para luego observar cómo este sistema se imbrica con otros, cómo se complementan y en qué ámbitos son excluyentes, de manera tal que en conjunto conforman una estrategia de integración. Sin duda que estas preguntas deberían guiar una investigación en profundidad sobre, por ejemplo, la formación de redes sociales en la ciudad, espacio reservado para una futura discusión.

Conclusiones: ¿Cómo entender lo atacameño en la ciudad?

La inquietud que ha guiado este trabajo es aproximarnos a la relación que establece la sociedad atacameña actual con la ciudad de Calama. En esta relación y las nuevas formas de reproducción social y cambio cultural como consecuencias de ella, se sustenta parte importante del proceso de transición

desde sociedades microlocales a una de carácter regional que experimenta el mundo atacameño.

Los atacameños poblaron desde tiempos ancestrales el oasis de Calama y han sido testigos y partícipes de su crecimiento y formación de la ciudad hasta la actualidad. En todas las localidades del Salar de Atacama encontramos a miembros de la etnia que han pasado una parte de sus vidas en Calama, empleados en la minería o en otros oficios, mientras que otros se asentaron en forma definitiva en la ciudad para sólo regresar a visitar a sus familiares y amigos. El primer relato etnográfico que presentamos forma parte de esta experiencia, la que puede ser leída como un proceso de migración campo-ciudad, cuyo carácter general ha sido descrito en muchos otros contextos como el asentamiento permanente de migrantes en la ciudad y que en el transcurso del tiempo sus vínculos sociales con la comunidad de origen se debilitan hasta desaparecer luego de un par de generaciones.

A esta relación con Calama se suma y complementa una más reciente, una relación que hemos reseñado para los socaireños que se deja definir de mejor manera como de movilidad más que de migración. Lo que observamos para este caso es una dinámica de movimiento que ha acertado los ciclos de residencia entre la localidad de origen y la ciudad de Calama. En el aumento de la velocidad, expresado por las “residencias alternadas”, sin duda la geografía económica actual y los dispositivos institucionales reseñados juegan un rol fundamental, pero lo verdaderamente relevante en esta aceleración es que dispone a comprender al colectivo socaireño no sólo como un grupo que habita la localidad tradicional, sino sobre todo como uno que se encuentra en movimiento, conectando, construyendo un continuo de experiencia entre el espacio urbano de Calama y el espacio tradicional de la localidad. En esta observación auxilia la discusión que provee los estudios de migración, ya que ella invita a abrir la mirada justamente hacia prácticas de movilidad que construyen residencias múltiples conectando espacios sociológicamente diferenciados.

Lo cierto es que la tradición andina ha articulado desde tiempos ancestrales espacios ecológicamente diversos y distanciados entre sí. La tesis de fondo que se ha sostenido en esta presentación es que la ciudad de Calama ha sido incorporada al territorio socaireño como un nodo que permite la formación

iba por detrás del flujo de inmigración. Entonces quedó como alternativa utilizar las estructuras tradicionales fundadas en los lazos (principalmente parentales) de las comunidades o localidades originales. Esto fortaleció, o al menos mantuvo, patrones de tipo familiar que se constituyeron la mayoría de la veces en la única oferta de integración al medio urbano. Así, proliferaron en las ciudades latinoamericanas economías informales al margen de la regulación institucional y canales formales de producción y comercialización, así como también empresas de base familiar, en las que, como demostró Germani, la racionalidad de una economía capitalista era más bien escasa.

de redes para una complementación contemporánea, formando de esa manera parte de la estrategia de reproducción histórica de esta sociedad. En efecto, la presencia socaireña en Calama no significaría un proceso de dislocación cultural, que supone la existencia de un territorio original y que ha devenido en una transformación cultural radical. La relación entre sociedad y territorio para la sociedad atacameña se trataría más bien de una forma particular de complementar espacios económicos y sociales distintos, más que la ocupación de un espacio pre-determinado, un lugar inequívoco emplazado en la Puna Atacameña.

Una vez definida esta nueva estrategia de observación resta como tarea pendiente indagar en profundidad

el carácter del espacio urbano de Calama, justamente para introducirse en la articulación específica que construyen los socaireños respecto a los diferentes sistemas de relaciones étnicas, interétnicas, laborales, vecinales, entre otras, que se producen en la ciudad y que formarían parte de sus estrategias de administración territorial general.

Agradecimientos A Irene Cruz, Ada Cruz, Lorena Plaza, Raúl Plaza, Bernardina Cruz, Amanda Cruz, Eliana Cruz, Laura Cruz y a los miembros de la Comunidad de Socaire. A Secplac de la Ilustre Municipalidad de Calama. A Patricio Antilef y Héctor Morales, investigadores del GIA, y a Lucía Nieves, América Valenzuela y Alejandro Garcés por los comentarios al manuscrito.

REFERENCIAS CITADAS

- AL-ALI, N. y K. KOSER, 2002. Transnationalism, international migration and home. En *New approaches to migration? Transnational communities and the transformation the home*, N. Al-Ali y K. Koser (Eds.), pp. 1-14. Routledge, Nueva York.
- ALBER, E., 1990. *Und wer zieht nach Huayapampa? Mobilität und Strukturwandel in einem peruanischen Andendorf*. Breitenbach, Saarbrücken.
- APPADURAI, A., 2001. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- ARAVENA, A., 1998. La recomposición de las identidades sociales indígenas en los medios urbanos: Una reflexión teórica. *3er Congreso Chileno de Antropología: Desafíos para el tercer milenio*, pp. 38. Colegio de Antropólogos de Chile, Temuco.
- 2002. Los mapuche-warriache: Migración e identidad mapuche urbana en el siglo XXI. En *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas. Siglos XVI-XX*, G. Boccarda (Ed.), p. 38. Ediciones ABYA-YALA, Quito.
- AUGE, M., 1995. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Gedisa, Barcelona.
- BÖLL, V., M. CONEJO y X. COSTALES, 1997. *Identidad indígena en las ciudades*. Fundación Hanns Seidel, Quito.
- BRETTELL, C., 2000. Theorizing migration in anthropology. The social construction of networks, identities, communities and globalscapes. En *Migration Theory. Talking across the disciplines*, C. Brettell y J. Hollifield (Eds.), pp. 97-136. Routledge, Nueva York.
- CHAMBERS, I., 1994. *Migrancy, culture, identity*. Routledge, Londres.
- CLIFFORD, J., 1997. *Itinerarios transculturales*. Gedisa, Barcelona.
- ERDENTUNG, A. y F. COLOMBIJN, 2002. Introduction: Urban space and ethnicity. En *Urban ethnic encounters*, A. Erdentung (Ed.), pp. 5-25. Routledge, Londres.
- FEJOS, Z., 1993. Migration and cultural contact: Threat of creolization. En *Interacting communities. Studies on some aspects of migration and urban ethnology*, pp. 43-63. Hungary Academy of Sciences, Budapest.
- FOG-OLWIG, K., 1993. *Global culture, island identity*. Academic Press, Londres.
- GARCIA-CANCLINI, N., 2000. *La globalización imaginada*. Gedisa, México D. F.
- GERMANI, G., 1976. Causas y consecuencias de la urbanización acelerada. Notas sobre el proceso de urbanización en América Latina. En *Urbanización, desarrollo y modernización*, G. Germani (Ed.), pp. 264-277. Paidós, Buenos Aires.
- GISSI, N., 2001. Asentamiento e identidad mapuche en Santiago: Entre la asimilación (enmascaramiento) y la autosegregación (ciudadanía cultural). Una investigación cualitativa en la Comuna de Cerro Navia. Tesis de Magíster en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
- GLICK SCHILLER, N., 2003. The centrality of ethnography in the study of transnational migration. En *American arrivals. Anthropology engages in new immigration*, N. Foner (Ed.), pp. 99-129. Routledge, Londres.
- GLICK SCHILLER, N., L. BASCH y C. BLANC-SZANTON, 1992. Transnationalism: A new analytic framework for understanding migration. En *Towards a transnational perspective of migration. Race, class, ethnicity and nationalism reconsidered*, N. Glick Schiller, L. Basch y C.

- Blanc-Szanton (Eds.), pp. 1-24. Annals New York Academy of Sciences, Nueva York.
- GOLDBERG, A. y F. SEN, 1997. Türkische Unternehmer in Deutschland. Wirtschaftliche Aktivitäten einer Einwanderungsgesellschaft in einem komplexen Wirtschaftssystem. En *Zuwanderung und Stadtentwicklung*, H. Häußermann e I. Oswald (Eds.), pp. 63-85. Westdeutscher Verlag, Wiesbaden.
- GOLTE, J., 2001. *Cultura, racionalidad y migración andina*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- GUNDERMANN, H., 2003. Ciudadanía y poblaciones indígenas andinas en Chile. En *Mapuches y aymaras. El debate en torno al reconocimiento y los derechos ciudadanos*, H. Gundermann, R. Foerster y J. I. Vergara (Eds.), pp. 19-104. Universidad de Chile-RIL Editores, Santiago.
- HAN, P., 2005. *Soziologie der Migration*. Lucius & Lucius, Stuttgart.
- HANNERZ, U., 1999. *Conexiones transnacionales: Culturas, gentes y lugares*. Cátedra, Madrid.
- HÄUBERMANN, H. e I. OSWALD, 1997. *Zuwanderung und Stadtentwicklung*. Westdeutscher Verlag, Wiesbaden.
- IMILAN, W., 2002. Identidad y territorio. La experiencia espacial en la Isla Santa María. Tesis de Grado de Antropología Social. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- KAPLAN, C., 1996. *Questions of travel. Postmodern discourses of displacement*. Duke University Press, Nueva York.
- KEMPER, R., 1970. El estudio antropológico de la migración a las ciudades en América Latina. *América Indígena* 30: 609-633.
- LOMNITZ, L., 1977. *Networks and marginality: Life in a Mexican Shantytown*. University of San Francisco, San Francisco.
- 1996. Die unsichtbare Stadt: Familiäre Infrastruktur un soziale Netzwerke im urbanen Mexiko. En *Mexiko Heute: Politik, Wirtschaft, Kultur*, W. Briesemeister y K. Zimmermann (Eds.), pp. 374-390. Frankfurt y Main.
- LUDGER, P., 1997. Neue Migration in transnationalen Räumen. En *Transnationale migration*, P. Ludger (Ed.), pp. 15-46. Nomos, Baden-Baden.
- MANDEL, R., 1989. Ethnicity and identity among migrants guestworkers in West Berlin. En *Conflict, migration and the expression of ethnicity*, N. González (Ed.), pp. 60-74. Westview Press, Londres.
- MARTINEZ, J. L., 1998. *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago.
- MONTECINO, S., 1990. El mapuche urbano: Un ser invisible. *Revista Creces*, pp. 30-48.
- MORALES, H., 1997. Pastores transhumantes al fin del mundo. Un enfoque cultural de la tecnología en una comunidad andina de pastores. Tesis de Grado de Antropología Social. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- 2006. Turismo comunitario: Una nueva alternativa de desarrollo indígena. *Revista de Antropología Iberoamericana* (edición electrónica), 1 (2): 249-264.
- MORALES, H. y A. ROCAMORA, 2005 Ms. Impacto de proyectos eco-etnoturísticos. Reserva Nacional Los Flamencos en la comunidad atacameña. Informe CONAF-GIA, Santiago.
- MORLEY, D., 2000. *Home territories. Media, mobility and identity*. Routledge, Londres.
- MUNIZAGA, C., 1960. *Vida de un araucano. El estudiante mapuche Lorenzo Aillapán en Santiago de Chile*. Centro de Estudios Antropológicos, Universidad de Chile, Santiago.
- 1961. Estructuras transicionales en la migración de los araucanos de hoy a la ciudad de Santiago de Chile. Notas del Centro de Estudios Antropológicos, Universidad de Chile, Santiago. www.cultura-urbana.cl/estructuras_transicionales_carlos_munizaga.pdf
- MURRA, J., 1972. El 'control vertical' de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En *Visita a la Provincia de León de Huanuco en 1562*, J. Murra (Ed.), pp. 427-476. Universidad Nacional Hermilio Valdizán, Huanuco.
- NUÑEZ, L. y T. DILLEHAY, 1979. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales*. Universidad del Norte, Antofagasta. Texto mimeografiado.
- PARK, R., 1984 [1925]. The city: Suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment. En *The city*, R. Park y E. Burgess (Eds.), pp. 1-47. The University of Chicago Press, Chicago.
- RAPPORT, N. y A. DAWSON, 1998. *Migrants of identity*. Berg, Oxford.
- RODRIGUEZ, H., 1994. Foreword: Back and forward. En *The commuter nation. Perspectives on Puerto Rican migration*, C. Torres, H. Rodríguez y W. Burgos (Eds.), pp. 29-101. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan.
- SIGNORELLI, A., 1999. *Antropología urbana*. Anthropos, México D. F.
- SIMMEL, G., 2006 [1903]. *Die Großstädte und das Geistesleben*. Suhrkamp, Frankfurt y Main.
- TABILO, K., F. VENEGAS y H. GONZALEZ, 1995. *Las agrupaciones de residentes aymara urbanos en el norte de Chile: Adaptación a la ciudad y vínculos con las comunidades de origen*. Corporación Norte Grande, Arica.

TREIBEL, A., 1990. *Migration in modernen Gesellschaften*.
Juventa Verlag, Weinheim.

VALENZUELA, A., 2006 Ms. Atacameños de Calama.
Diversidad, transitoriedad y fragmentación en la ciudad de
sol y cobre. Manuscrito en poder de la autora.

WELZ, G., 1991. Sozial interpretierte Räume, räumliche definierte Gruppen. Die Abgrenzung von Untersuchungseinheiten in der amerikanischen Stadtforschung. En *Ethnologische Forschung in Städten. Gegenstände und Probleme*, W. Kokot y B. Bommer (Eds.), pp. 39-44. Dietrich Reimer Verlag, Berlin.